

Sombras de un relato

Con pasos rutinarios, Sátiro se dirigió a la academia de Galeno. A su llegada, un heraldo le informaría de que su maestro debió marchar esa misma mañana, con urgencia infinita, hacia el corazón del Imperio. El emperador Severo, o más bien sus incesantes estertores, reclamaban la presencia del reputado médico.

Sátiro interpretó la marcha de su maestro como una generosa ocasión que la fortuna le concedía para, al menos durante unas horas al día, desviarse del habitual estudio del cuerpo humano y enfrascarse en otros saberes. Para satisfacer esta hambruna, no existía mejor lugar sobre Pérgamo que su colosal biblioteca. Innumerables anaqueles, inabarcables en su totalidad para la vista, donde el alma podía deleitarse con volúmenes de todas las disciplinas y en todas las lenguas conocidas por el hombre.

Paseando por las diversas salas de la biblioteca Sátiro se percató, no sin asombro, de que muchos de esos escritos se encontraban sin finalizar. Algunos estaban incluso, apenas comenzados. No alcanzaba a comprender cómo había tantas obras inacabadas en una biblioteca de tal renombre. No pudo evitar preguntar a uno de los bibliotecarios por este inusual escenario. Este le hizo saber que los incendios que cada lustro se alimentaban del papiro, la censura férrea a la que diversos césares sometían al imperio o la simple desidia de traductores y escritores eran las causas principales de esta situación.

En ocasiones, cuando un texto acababa abruptamente, Sátiro, en parte por diversión y en parte por necesidad de certeza, se esforzaba por imaginar el final de cada uno de estos relatos. Así, entre diálogos platónicos sobre el amor, escritos anónimos persas sobre la transmutación de metales en oro y el aciago rey Edipo de Sófocles, transcurrió el día para el futuro médico. Las luces vespertinas anunciaron el cierre de la biblioteca. Sátiro se dirigió a su hogar, donde abrumado por los nuevos conocimientos, no tardó en caer en las manos de Morfeo.

El sueño le pareció extraño, ajeno. No tenía la sensación de haber dormido en toda la noche, pero su cuerpo descansado le indicaba que sí lo hizo. Se levantó de la cama y comenzó a vestirse. Minutos después se encontraba en dirección hacia la biblioteca, dispuesto a retomar su formación.

Esta vez, al recorrer las galerías, le pareció que había notablemente menos obras que el día anterior. Además, algunas de las esculturas femeninas que adornaban la entrada de la sala principal habían cambiado. Una de ellas ya no tenía los colores primaverales que ayer alegraron su vista. Hoy, en su lugar, el pálido mármol reflejaba violentamente la luz contra su mirada. Incluso le pareció que los bibliotecarios no eran los mismos; mientras que ayer se comunicaban en griego, hoy lo hacían en latín. Sátiro caviló, pero acabó por concluir que ante la inmensidad de la biblioteca era fácil confundirse.

Dedicaría el día a profundizar en la teoría de los humores y en las nuevas ideas que su mentor había aportado hace algunos años. Seleccionó los tomos que necesitaba y comenzó el estudio. Al revisar sus notas, echó en falta ciertos esquemas y bocetos que pensaba haber realizado semanas atrás. A priori pensó que simplemente los habría extraviado entre otros documentos de su habitación. Sin embargo, consciente de su manía por el orden, esta opción no le convenció particularmente. Consideró entonces la posibilidad de que nunca los hubiese realizado, y que simplemente, al haber sido expuestos en clase numerosas veces, se presentasen vívidos en su mente. En cualquier caso, los volvería a realizar ya que estaba seguro de que este ejercicio le serviría para interiorizarlos mejor. Antes de poder finalizar la labor uno de los bibliotecarios lo invitó a marcharse, pues el cierre de la biblioteca era inminente. Así, siguió sus pasos de vuelta hasta llegar a su casa.

En la comodidad de su lecho, se entregó al sueño. Entonces, comenzó. En el silencio que precede al alba, en la oscuridad de una noche sin luna, las visualizó: todas las historias que nunca se contaron y que nunca se escribirán. Todas las obras inacabadas. Las percibió como sombras, espejismos, imágenes en su mente. Percibió

con detalles el templo de Surinam, del color del jade y de la sangre, donde los sacerdotes rendían culto a dioses de eras pasadas. Se adentró en bosques germánicos más allá de los dominios de Marco Aurelio, donde el denso fango y los robustos árboles formaban un entramado digno del mismo Dédalo. Mantuvo, en silencio, ciertas y confusas conversaciones con reyes y duques de tierras aún por aparecer. Observó seres sin principio ni fin, de todas las geometrías descritas por los pitagóricos, cuya intención en sus movimientos era ininteligible sin previa meditación. Siguió observando, contemplando, adentrándose en cada una de esas quimeras.

Tras un largo tiempo volvió en sí. Ignoraba si lo poseía la vigilia o el sueño, ignoraba el origen de las visiones, pero no ignoraba el propósito que lo guiaría en las horas venideras. Quería darles forma a esas visiones, imponerlas a la realidad en la medida en la que un hombre puede hacerlo, esto es, escribirlas.

Así, se levantó de la cama para sentarse en el triclinio, aún aturdido y agitado. Un cesto con fruta y un cántaro junto a la puerta le advirtieron de que alguno de sus esclavos había espiado con respeto su sueño. Tras subvenir sus necesidades frugales y calmar su mente en la medida de lo posible, Sátiro se entregó a su propósito. Tomó uno de los papiros que estaban a su alcance y regresó a su cabeza, si es que alguna vez uno puede salir de ella, para recordar con minuciosa integridad todas las visiones.

Para su sorpresa, todo había cambiado. Ya no podía ver con claridad cada uno de esos relatos. El templo no eran más que unas polvorientas ruinas, el bosque se mostraba ahora como un vasto desierto, los nobles no se atrevían a mirarle y los seres, ahora puntuales, yacían inertes. Acto seguido, abrió los ojos. Observó que no había papiro, triclinio, ni cántaro. Que la habitación, incoherente, se deshacía como se deshace una cuerda de arena. Dejó de sentir su cuerpo, impropio y lejano. Y antes de desaparecer, lo entendió. Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también era una apariencia, una visión, la historia inacabada de otro hombre.

